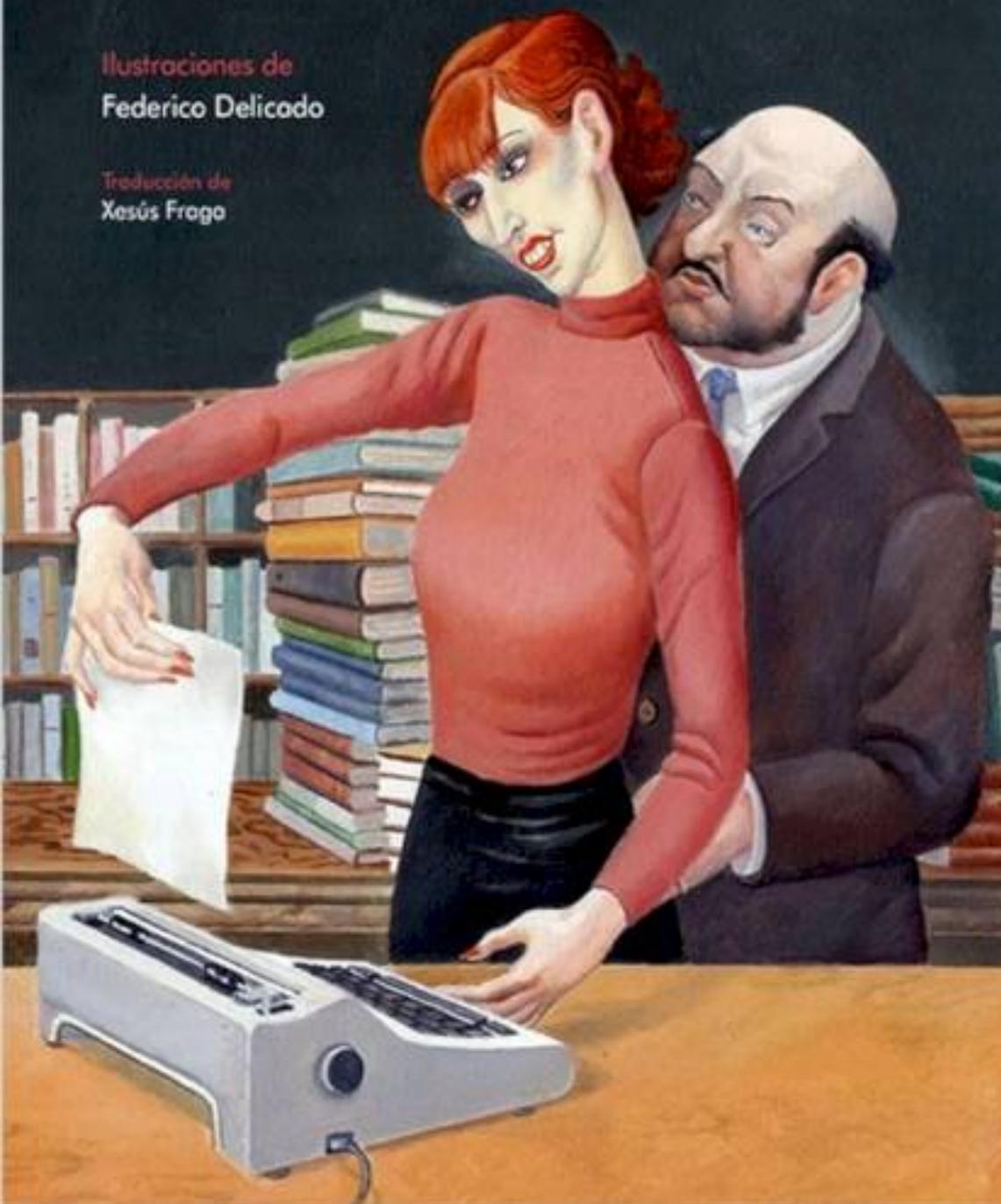


ROALD DAHL 

# EL LIBRERO

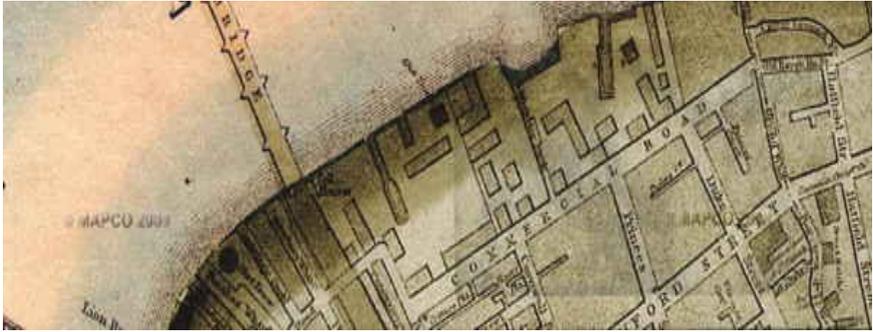
Ilustraciones de  
Federico Delicado

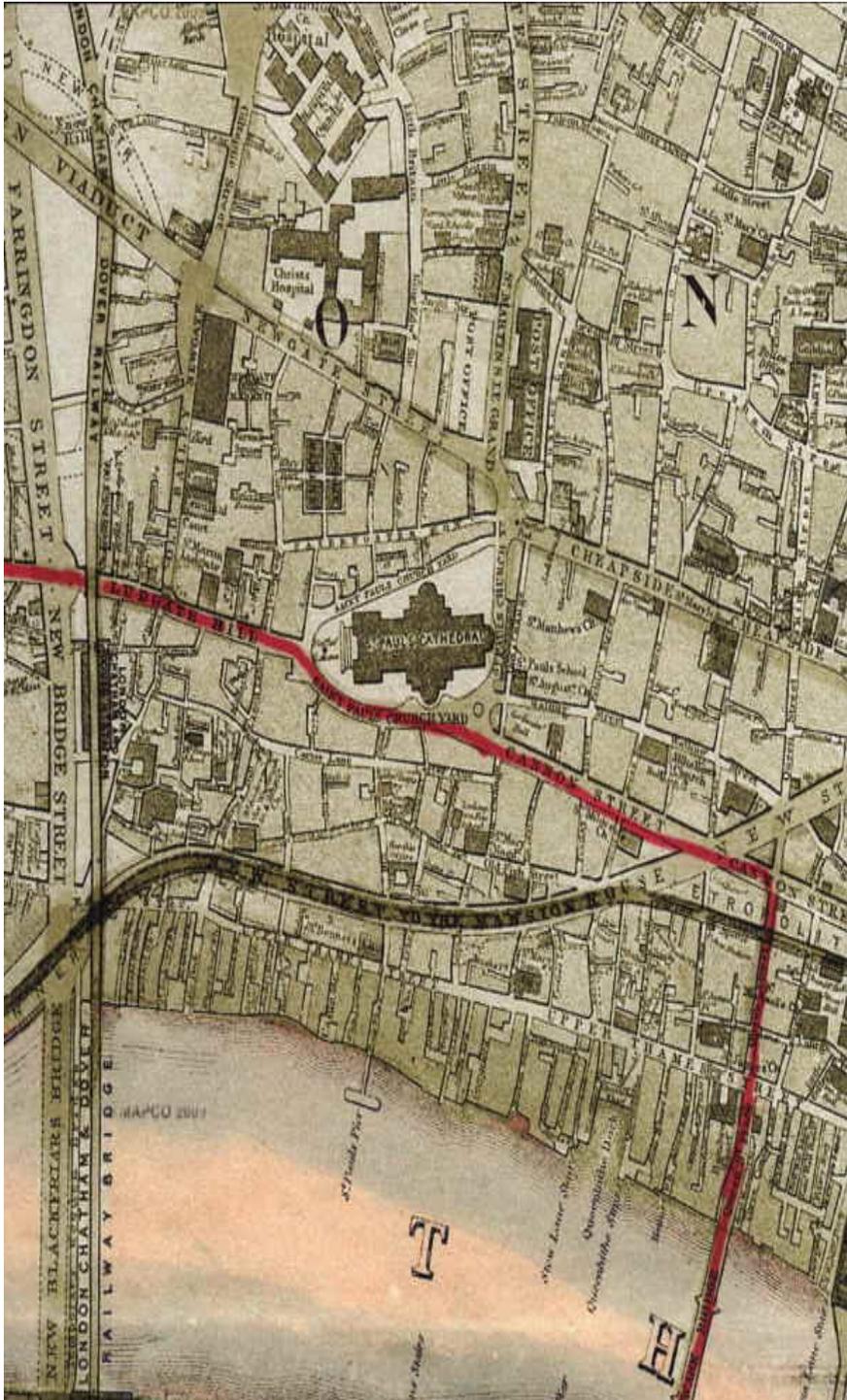
Traducción de  
Xesús Frogo



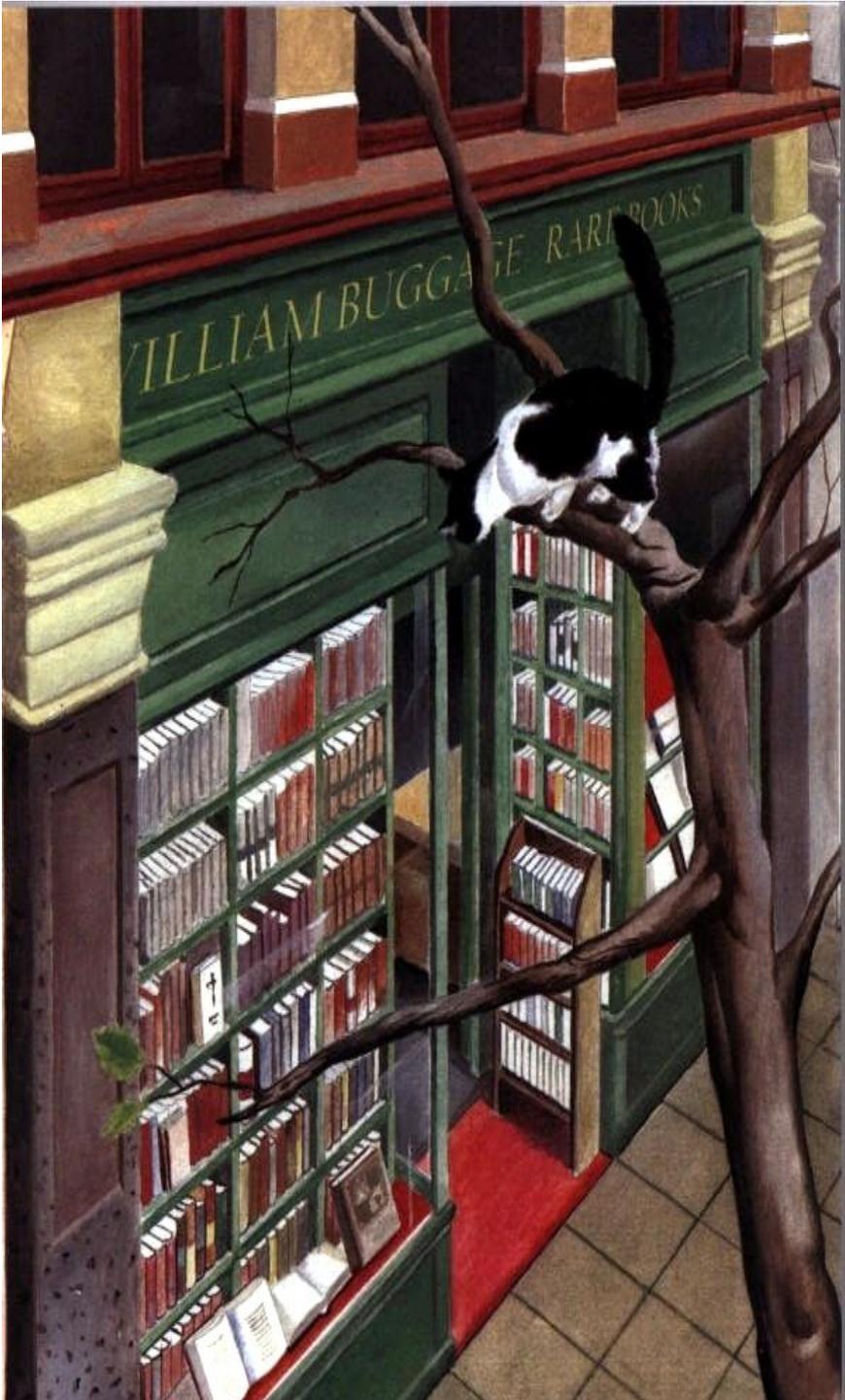
«Hace tiempo, si uno se dirigía a Charing Cross Road desde Trafalgar Square, en cuestión de minutos se encontraba con una librería situada a mano derecha y sobre cuyo escaparate un cartel anunciaba: "WILLIAM BUGGAGE. LIBROS RAROS"». Allí trabajan dos curiosos personajes: el librero, William Buggage, y su ayudante, la señorita Tottle, quienes no prestan demasiada atención a la venta de libros. Prefieren, más bien, leer cada día los obituarios, así como su obra favorita: el *Who's Who*.













Hace tiempo, si uno se dirigía a Charing Cross Road desde Trafalgar Square, en cuestión de minutos se encontraba con una librería situada a mano derecha y sobre cuyo escaparate un cartel anunciaba: «WILLIAM BUGGAGE. LIBROS RAROS».

Si uno se detenía a curiosear a través del cristal, podía ver las paredes forradas de arriba abajo con libros y, si abría la puerta y entraba, inmediatamente lo envolvía el hedor a cartón viejo y hojas de té que impregna el interior de toda librería de lance de Londres. Casi siempre había dos o tres clientes, figuras sombrías ataviadas con abrigo y sombrero Trilby, que hurgaban en silencio entre colecciones de Jane Austen y Trollope, Dickens y George Eliot, con la esperanza de dar con una primera edición.

Daba la impresión de que nunca había un dependiente que atendiese a los clientes y, si alguien tenía tanto interés en pagar un libro como para no tomarlo, debía cruzar una puerta que comunicaba con la trastienda y donde se podía leer: «OFICINA. PAGUE AQUÍ». Al traspasarla, uno se encontraba al señor William Buggage y a su ayudante, la señorita Muriel Tottle, ensimismados en sus respectivas tareas. El señor Buggage se sentaba tras una valiosa mesa de despacho de caoba del siglo XVIII, mientras que a poca distancia la señorita Tottle disponía de un mueble algo más pequeño pero no por ello menos elegante, un escritorio de estilo Regencia tapizado en un cuero verde ya desvaído. Sobre la mesa del señor Buggage siempre había un ejemplar del día del *Times* de Londres, así como del *Daily Telegraph*, el

*Manchester Guardian*, el *Western Mail* y el *Glasgow Herald*. También tenía a su alcance la última edición del *Who's Who*, un grueso volumen de tapas rojas, muy baqueteado por el uso. Sobre el escritorio de la señorita Tottle había una máquina de escribir eléctrica y una sencilla pero bonita bandeja con papel de correspondencia y sobres, junto a un surtido de clips y grapadoras y demás parafernalia de oficina.

De vez en cuando, aunque no con demasiada frecuencia, un cliente accedía a la oficina desde la librería y le entregaba el volumen de su elección a la señorita Tottle, quien comprobaba el precio escrito a lápiz en la guarda y aceptaba el dinero, buscando cambio si era necesario en el cajón izquierdo de su escritorio. El señor Buggage ni siquiera se molestaba en mirar a quienes entraban y salían y, si alguno de ellos preguntaba algo, era la señorita Tottle la que respondía.

Ni el señor Buggage ni la señorita Tottle parecían mostrar el más mínimo interés por lo que ocurría en la librería. De hecho, el señor Buggage era de la opinión de que si alguien quería robar un libro, no iba a ser él quien se lo impidiese. Sabía muy bien que en aquellos estantes no se hallaba ni una sola primera edición de valor. Quizá un volumen de Galsworthy de cierta rareza o alguno antiguo de Waugh, que habrían formado parte de un lote adquirido en una subasta, y por supuesto que tenían alguna que otra respetable colección de Boswell, Walter Scott, Robert Louis Stevenson y demás autores, a menudo muy bien encuadernadas en piel o media pasta. Pero no eran la clase de objetos que uno pudiese deslizar en el interior del bolsillo de un abrigo. Incluso si un granuja hubiese sido capaz de salir con una docena de tomos, el señor Buggage no habría perdido el sueño por ello. Para qué iba a preocuparse, si sabía que la librería ingresaba menos dinero en todo un año de lo que sumaba el negocio en la trastienda en apenas un par

de días. Lo que ocurría en ese cuarto era lo que de verdad importaba.<sup>[Lámina]</sup>

Una mañana de febrero con un tiempo de perros — contra la ventana de la oficina batía un aguanieve que resbalaba blanca y húmeda por el cristal— el señor Buggage y la señorita Tottle ocupaban, como era habitual, sus respectivos puestos, absortos, incluso uno podría decir fascinados, por su trabajo. El señor Buggage leía el *Times* y al mismo tiempo escribía anotaciones en un bloc con una pluma Parker de oro. De vez en cuando consultaba el *Who's Who* y proseguía con sus apuntes.

La señorita Tottle, que se había dedicado a despachar el correo, comprobaba unos cheques y sumaba las cifras.

—Hoy son tres —dijo.

—¿Cuánto da? —preguntó el señor Buggage sin levantar la vista.

—Mil seiscientos —respondió la señorita Tottle. El señor Buggage dijo—: Seguimos sin noticias de la casa de ese obispo de Chester, ¿no?

—Un obispo vive en un palacio, no en una casa, Billy —dijo la señorita Tottle.

—Me importa un rábano donde viva —contestó el señor Buggage—. Es sólo que me pongo un poco nervioso cuando uno de éstos no nos responde enseguida.

—De hecho, la respuesta llegó esta mañana —dijo la señorita Tottle.

—¿Apoquinó lo que le pedíamos?

—Hasta el último penique.

—Es un alivio —dijo el señor Buggage—. Nunca lo habíamos intentado con un obispo y no estaba seguro de si nos habríamos pasado de listos.

—El cheque lo enviaron unos abogados.

De inmediato, el señor Buggage levantó la mirada.

—¿Venía con carta?

—Sí.

—Léela.

La señorita Tottle buscó la carta y empezó a leer:

—Estimado señor: en referencia a su comunicación del 4 de los corrientes, adjuntamos un cheque por valor de 537 libras como pago definitivo. Atentamente, Smithson, Briggs y Ellis. —La señorita Tottle hizo una pausa—. No parece haber ningún problema, ¿no crees?

—Por esta vez vale —dijo el señor Buggage—. Pero no quiero ni más abogados ni tampoco más obispos.

—Estoy de acuerdo en lo de los obispos —dijo la señorita Tottle—. Pero espero que de repente no hayas decidido descartar a condes, lores y toda esa ralea.

—Los lores no son un problema —dijo el señor Buggage—. Nunca nos han traído complicaciones. Igual que los condes. ¿Y no lo hicimos una vez con un duque?

—El duque de Dorset —confirmó la señorita Tottle—. El año pasado. Más de mil libras.

—Excelente —dijo el señor Buggage—. Recuerdo elegirlo yo mismo después de haberlo visto en la primera plana. —Se calló para sacarse un trocito de comida de entre los incisivos con la uña del meñique—. Lo que quiero decir —prosiguió— es que cuanto más grande el título, más imbécil será el tipo. De hecho, puedes dar por sentado que cualquiera que tenga un título será un imbécil.

—Bueno, Billy, eso no es del todo cierto —dijo la señorita Tottle—. A algunas personas les otorgan títulos porque han hecho cosas realmente geniales, como inventar la penicilina o escalar el Everest.

—Me refiero a los títulos heredados —dijo el señor Buggage—. Cualquiera que nazca con un título tiene todas las papeletas para ser un imbécil.

—Ahí te doy la razón —dijo la señorita Tottle—. La aristocracia nunca nos ha dado ni el más mínimo problema.

El señor Buggage se recostó en su silla y observó con solemnidad a la señorita Tottle.

—¿Sabes qué? Un día de éstos hasta podríamos intentarlo con la realeza.

—Oh, me encantaría —respondió la señorita Tottle—. Les sacaríamos una buena pasta. <sup>[Lámina]</sup>

El señor Buggage continuó observando el perfil de la señorita Tottle y, al hacerlo, en sus ojos se encendió un brillo levemente lascivo. Uno debe admitir que el aspecto de la señorita Tottle, juzgado conforme a los criterios más exigentes, era decepcionante. A decir verdad, juzgado conforme a cualquier clase de criterio, no dejaba de ser decepcionante. Su rostro era alargado y equino, y sus dientes, que también eran de buen tamaño, poseían una tonalidad sulfurosa. Igual que su tez. Lo mejor que se podía decir de ella era que tenía un busto generoso, aunque tampoco careciese de defectos. Era de esa clase en la que un solo bulto se extiende de un extremo al otro del pecho, por lo que a simple vista daba la impresión de que del cuerpo no le crecían dos senos individuales, sino que más bien se asemejaba a una larga barra de pan.

Para ser sinceros, tampoco el señor Buggage podía permitirse ser demasiado quisquilloso. Cuando uno lo veía por primera vez, la primera palabra que venía a la mente era *mugriento*. Era achaparrado, panzudo, calvo y fofo y, en lo que a su rostro se refiere, no quedaba más remedio que tratar de adivinar su verdadero aspecto, ya que no era mucho lo que dejaba a la vista. En su mayor parte estaba camuflado tras una espesura de tupido pelo negro, ligeramente rizo; una moda, me temo, demasiado común en estos tiempos; un hábito ridículo y, ya que lo hemos mencionado, muy poco higiénico. Por qué tantos varones desean ocultar sus rasgos faciales se escapa a la comprensión del común de los mortales. Debemos suponer que si a estas personas les fuese posible dejar que el pelo les tapase también la nariz y las mejillas y los ojos, así lo harían entonces, por lo que acabarían sin rostro visible, con una obscena y bastante ruda bola de pelo en su lugar. La única conclusión posible a la que se llega cuando se observa a uno de estos varones barbudos es que la vegetación actúa como una es-

pecie de cortina de humo, y que la cultiva para encubrir algo deforme o repugnante.

Éste era, con casi total seguridad, el caso del señor Buggage y, por tanto, debemos considerarnos afortunados — especialmente la señorita Tottle— por la existencia de esa barba. Un melancólico señor Buggage seguía observando a su ayudante. Entonces dijo:

—Bien, cariño, ¿por qué no espabilas un poco y llevas esos cheques al correo?, porque en cuanto acabes, tengo una modesta proposición que hacerte.

La señorita Tottle miró por encima del hombro a quien le hablaba y le sonrió condescendiente, dejando a la vista sus sulfurosos caninos. Siempre que se refería a ella como *cariño* podía tener la certeza de que se estaban despertando unos sentimientos de naturaleza carnal en el pecho del señor Buggage, además de en otras partes.

—Dímelo ya, amor mío.

—Primero ocúpate de los cheques —le respondió. Había ocasiones en las que podía ser muy dominante, y eso a la señorita Tottle le encantaba.

La señorita Tottle inició lo que denominaba su *Auditoría Diaria*. Consistía en examinar todas las cuentas bancarias del señor Buggage, así como todas las suyas, para luego decidir en cuáles se debían pagar los cheques. Verán, llegados a este punto, conviene aclarar que el señor Buggage tenía exactamente sesenta y seis cuentas distintas a su nombre, mientras que la señorita Tottle poseía veintidós. Estaban repartidas entre las diferentes sucursales de los tres grandes bancos, Barclays, Lloyds y National Westminster, a lo largo y ancho de Londres, y algunas también en varios barrios de la periferia. No había nada malo en ello. A ninguno de ellos les había resultado difícil, a medida que el negocio prosperaba más y más, entrar en cualquiera de estas sucursales y abrir una cuenta corriente con un depósito inicial de unos cientos de libras. A cambio recibían una che-

quera, un talonario de recibos y la promesa de un extracto mensual.

El señor Buggage había tardado poco en averiguar que si una persona mantenía una cuenta abierta en varias o incluso en muchas oficinas de un mismo banco, los empleados no se extrañaban por ello. Cada sucursal se ocupa solamente de sus propios clientes, por lo que sus nombres no circulan entre las demás filiales o la oficina central, ni siquiera en estos tiempos informatizados.

Por otra parte, la ley obliga a los bancos a notificar la declaración fiscal de todos los clientes con cuentas de ahorro de mil libras o más. También deben informar de los intereses que hayan ganado. Pero por ley las cuentas corrientes quedan exentas porque no generan intereses. Nadie se preocupa de la cuenta corriente de un cliente, a no ser que tenga un descubierto o, y esto pocas veces ocurre, que el saldo crezca hasta sumas desorbitadas. Una cuenta corriente con, por ejemplo, cien mil libras, podría conseguir que un empleado o dos arqueasen las cejas, y con toda seguridad el cliente recibiría una amable carta del director en la que le sugeriría que ingresase parte de ese dinero en una cuenta de ahorro y, de esta forma, generar réditos. Pero al señor Buggage los intereses le importaban un comino, aunque tampoco le apetecía que se arqueasen algunas cejas. Por esta razón la señorita Tottle y él gestionaban entre ambos ochenta y ocho cuentas bancarias distintas. Era responsabilidad de la señorita Tottle que las cantidades de cada una de estas cuentas nunca superasen las veinte mil libras. Las cifras altas, creía el señor Buggage, podrían conseguir que se arqueasen algunas cejas, especialmente si las cuentas corrientes no registraban movimientos en meses o años. Ambos socios habían acordado repartir los ingresos que generase el negocio al 75 por ciento para el señor Buggage y el otro 25 para la señorita Tottle.

La Auditoría Diaria de la señorita Tottle comprendía el análisis de una lista en la que consignaba los saldos de to-